SALVADOR LASTRA

SALVARSE EN UNA TABLA

JUGUETE COMICO

en un acto y en prosa, original

QUINTA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1917



SALVARSE EN UNA TABLA

SALVARSE EN UNA TABLA

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

SALVADOR LASTRA

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO DE VARIEDADES
en la noche del 5 de Octubre de 1876

QUINTA EDICIÓN

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°
TELÉFONO, NÚMERO 551
1917

A D. José Màyquez

El que poco vale, poco es también lo que puede ofrecer.

Acepte usted este humilde trabajo y se verán satisfechos los deseos de su amigo y compañero

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES	
DOÑA GERTRUDIS................	SRA.	ORGAZ.
ENRIQUE.........................	SR.	VALLÉS.
DON CRISANTO..................		LUJÁN.
CARLOS........		RUESGA.
DON MARCIAL..................		CHAVES.
ROQUE...........................		RUIZ.
CELESTINO......................		BANOVIO.

La acción en Madrid en casa de Don Marcial.

EPOCA ACTUAL

ACTO UNICO

Sala decentemente amueblada. Una mesa despacho con escribanía y papeles; libros dentro del estante colocado en el foro izquierda. Un sillón. Consola con espejo foro derecha. Una bata encima del sillón. Unas gafas en la mesa despacho. Puerta en segundo término izquierda; dos a la derecha y al foro. Cerradura y llave en la puerta segunda izquierda.

ESCENA PRIMERA

CELESTINO, ROQUE con vara

CELES. Ya le tengu dichu cuatru veces que el señuritu nun está en casa.

ROQ. ¡Otra! ¿Y por qué no está?

CELES. Nun está, purque... comu nun está, nu está.

ROQ. ¡Miste que es gracioso esto! Cuatro veces he venío a su casa, y entoavía no he podio atraparle en ella. Y dígame usted, ¿a qué hora podré pillarle aquí? Porque ya me duelen las piernas de subir las escalericas... Y que son pocas.

CELES. Nun puedu contestarle simétricamente. El sulamente me ha dichu que le diga a usted que nun está en casa, y cuandu él lo asegura...

ROQ. ¿Le paece a usted buena hora a las dos?

CELES. A mí me parecen tudas las horas muy bien.

ROQ. Pues es que a las dos vengo, y le juro a usted por la Pilarica que como no esté me voy y no agüelvo más.

CELES. Buenu.

ROQ. ¡Otra que tal! No hay más bueno sino que

lo hago; que a mí a bruto no me gana más que mi padre, y eso porque, según dice, ha nacío antes que yo. Conque... ¡hasta otra! (Vase foro derecha.)

CELES. Vaya usted con Dios. ¡Qué gentes más descevilizadas sun... estas gentes! Y es natural, nun son de tratu; nun tienen la practicura de vivir aquí, y les falta esa pintura que dan pur ahí sucial para ser de la suciedad. Si leyeran, como yo, *El Cencerro*, se destruyeran. El señuritu. (Viéndole salir.)

ESCENA II

DICHOS, CARLOS primera puerta derecha, a poco ENRIQUE foro

CAR. Celestino, ¿hay alguna carta para mí?

CELES. Nun señor.

CAR. Pues toma, lleva ésta al correo, pero en seguida, porque te necesito.

CELES. Voy vulando. (Sale corriendo y tropieza en el foro con don Enrique.)

ENR. (Saliendo.) ¡Animal!

CELES. ¡Nu hay de qué! (Vase foro.)

ENR. ¡Ay, Carlos de mi vida, no puedes figurarte cuánto me alegro de hallarte en casa!

CAR. ¿Pues qué te pasa?

ENR. La desgracia mayor que me puede suceder. El acontecimiento más grande de mi vida. El nublado más espantoso que he conocido.

CAR. Vamos, te has quedado sin un cuarto.

ENR. No, esa desgracia me sucede muy a menudo; por consiguiente, no me apuraría. Es mucho peor.

CAR. ¿Has salido mal de los exámenes?

ENR. Hace tres años que no parezco por la Universidad.

CAR. Pues, chico, no me explico...

ENR. Escucha y compadéceme, querido Carlos. Mi tío, mi amado tío, llega a Madrid dentro de media hora.

CAR. ¿Y qué?

ENR. Nada, que al convencerse de que no soy abogado y que mi clientela se compone de una caterva de ingleses, romperá el testamento que tiene hecho a mi favor, y no me mandará más dinero.

CAR. ¿Y por qué supone que eres abogado?

ENR. Toma, porque yo se lo mandé a decir para que me remitiera doce mil reales que me hacían falta para amueblar la casa... los que perdí en seguida a la ruleta. Todavía no he conseguido ganar dos cuartos a ese juego.

CAR. ¿Y por qué juegas?

ENR. Por necesidad. Ya sabes que mi tío me manda dos mil reales mensuales para atender al estudio y a mis necesidades, y ya comprenderás que con eso no se puede echar coche. Un día conocí a una mujer, es decir, no la conocí, pues si la hubiera conocido, como la conozco ahora, te juro que no la conociera. La amé, me amó con un amor que envidiarían Abelardo y Eloisa. Con la diferencia de que Eloisa no le pidió nunca un cuarto a Abelardo, y ésta me exigía todos los meses por conducto de su mamá, que era una señora andaluza, cincuenta duros, los que yo creía entonces muy justos. Con los otros cincuenta no me alcancaba para la fonda, café, tabaco y cubrir decentemente este miserable cuerpo. Por consiguiente, tuve por necesidad que jugar. Perdí; pedí prestado, y para poderlo pagar volví a jugar y volví a perder. De manera que cada día me encontraba con más deudas, pero con menos dinero. Quise economizar; de la fonda pasé a una casa de huéspedes de doce reales; al poco tiempo me mudé a otra más barata; después a otra... en fin, he recorrido cuatro o cinco casas de huéspedes, hasta parar en una de seis reales con principio. ¡Y he aquí mi apuro! ¡Cómo recibo a mi tío en aquel tabuco, cuando él supone que habito en una magnífica casa; cómo le hago creer que soy abogado, cuando no he asistido dos días seguidos a la cátedra! Y no hay remedio, me deshereda.

CAR. ¡Pobre Enrique! Reflexiona, y tal vez encuentres algún medio.

ENR. Sólo hay uno que me saque de esta situación.

CAR. ¿Cuál?

ENR. Que me prestes tu casa por tres días.

CAR. ¿Cómo?

ENR. Es el tiempo que va a estar mi tío en Ma-

drid. Por fortuna, los tuyos están fuera y no hay que temer nada.

CAR. Pero, chico, eso...

ENR. No me niegues este favor, del cual depende mi porvenir. Además, como yo estaba continuamente mudando de casa, para poder recibir las cartas de mi tío, y sobre todo sus letras, le dije que vivía aquí. Y aquí vendrá dentro de poco.

CAR. ¿Y si mis tíos vienen? Ya sabes que, sin conocerte, mi tío no te puede ver, y me ha mandado que no pongas los piés en esta casa.

ENR. Mi fama vuela por todas partes. Conque decídete; es sólo un préstamo de tres días lo que te pido.

CAR. Corriendo; accedo. ¿Pero en dónde voy yo a vivir en ese tiempo?

ENR. Aquí. Eres un amigo que ha venido a pasar unos días a mi lado. Ahora llama a tu criado y hazle presente que yo soy el amo de esta casa, porque mi tío preguntará por mí.

CAR. Tienes razón. ¡Celestino! (Llamando.)

CELES. (Saliendo foro.) ¡Señoritu!

CAR. Escucha bien lo que voy a decirte.

CELES. Soy todu orejas.

CAR. Desde este momento, esta casa pertenece a mi amigo Enrique García. Aunque me veas aquí, yo no soy tu amo, sino él. De modo que si alguno pregunta por el dueño de esta casa, lo presentas a mi amigo Enrique. ¿Lo has comprendido bien?

CELES. Perfectamente, señor. ¡Ah! ¿y quién me pagará el salario, él o usted?

CAR. Yo; pero el amo es él. Vete y no olvides lo que te he dicho.

CELES. ¡Descuide usted! (Pues señor, nun lo entiendo: en todas partes el que paga es el amu, pero aquí... Esto debe ser el sucialismo.) (Vase foro.)

ESCENA III

CARLOS, ENRIQUE, a poco don CRISANTO

ENR. Es preciso que me ayudes también a que mi tío siga creyendo que soy abogado.

CAR. ¿Y de qué medio?

ENR. Mintiendo. Haciendo una comedia cada media hora. (Se oye una campanilla foro.) Llaman; puede que sea él. Pronto, dame una bata. (Se quita la levita.)

CAR. Aquí tienes la de mi tío. (Cogiendo la bata que está encima del sillón. Enrique se la pone.)

ENR. Venga. Empecemos desde ahora la farsa. Pon algunos libros encima de la mesa. Date prisa.

CAR. Chico, temo que tu tío descubra... (Sacando libros del estante y colocándolos en la mesa.)

ENR. No temas, mi tío no ha inventado la pólvora. ¡Ajajá! (Esconde la levita, puerta segunda izquierda.) Con un poco de gravedad y algo de entonación al hablar, estoy hecho un abogado. Le hablaré mucho del Código, que no sé, y de las causas que he leído, y tragará el anzuelo. Tú siéntate allí y no hagas caso de lo que diga yo ahora. (Se coloca detrás de la mesa.) Hola, unas gafas, mejor para el caso. (Se las pone.)

CRIS. (Dentro.) No hace falta que usted me anuncie.

ENR. ¡El es! ¡Atención y serenidad!

CRIS. (Saliendo foro.) ¿Dan ustedes permiso? (Sin pasar del foro. Enrique de pie, detrás de la mesa, declama en alta voz lo que sigue, señalando a don Crisanto.)

ENR. «¡Ese, ese es el asesino! El autor del crimen tan horrible como espeluznante, tan odioso como espantoso. Su cara en este momento está confesando su delito. ¡Miradle! Esa estúpida fisonomía nos demuestra la frialdad con que ha consumado el delito. *Estupiz fisomnia, consumatum delitio.* ¿Qué puede esperarse de esa facha sino una barbaridad que aterrorice y ponga los pelos de punta a toda la humanidad? Por lo tanto, queda probado que mi defendido es inocente del crimen que se le imputa, y que ese es el verdadero criminal. He dicho.»

CRIS. (Bajando.) ¡Bravo, divino! ¡Un abrazo, sobrino de mi alma!

ENR. (Con fatuidad.) ¡Querido tío! ¿Estaba usted ahí?... Y yo que no había reparado... Como me encontraba embebido en la defensa que tengo que pronunciar mañana... ¿Y qué tal, cómo se encuentra usted?

CRIS. Más fuerte que un roble. Chico, te encuentro más flaco.

ENR. No es extraño. La vida que llevo es muy agitada... siempre metido en la ruleta.

CRIS. Cómo, ¿ahora salimos con eso?

ENR. (¡Ah, bárbaro!) ¡Sí, señor, en la ruleta! Ya veo que no conoce usted el griego.

CRIS. Hombre, yo conozco mucha gente, pero a ese...

ENR. Hablo del idioma griego: de la lengua con que se expresaron y se dieron a conocer los siete sabios.

CRIS. ¿Con una sola lengua?

ENR. Pues bien; en esa lengua tiene usted...

CRIS. ¿Qué tengo yo en la lengua?

ENR Déjeme usted acabar. Digo que en esa lengua tiene usted la palabra ruleta, que significa Audiencia. Por eso he dicho antes que estoy siempre metido en la ruleta.

CAR. (Con qué descaro miente.)

CRIS. Ya me extrañaba a mí que tú fueras jugador. Es el vicio que más odio me causa y por el que no perdono a nadie.

ENR. (Pues si tú supieras..) Querido tío, presento a usted a uno de mis mejores amigos. A Carlos García. (Pasando al lado de Carlos)

CAR. Servidor de usted.

ENR. Hemos estudiado juntos el latín.

CRIS. Tengo una satisfacción en que usted y mi sobrino... y mi sobrino y usted... Crisanto García, en Ateca, estoy a su disposición.

CAR. Mil gracias.

ENR. Desde que terminó sus estudios no le había visto y ha venido a pasar tres días en mi compañía.

CRIS. Muy bien hecho. El señor es...

ENR. Médico.

CAR. (Aparte a Enrique.) Pero, chico, si no entiendo una palabra de medicina.

ENR. (Aparte a Carlos.) Menos entiende mi tío. (Alto.) Es el mejor médico de Toledo. Hace curas asombrosas. Su nombre es admirado y querido en todas partes. Enfermo que visita y se muere, bien se puede apostar que no habla mal de su médico.

CAR. (¡Ya lo creo!) Tú exageras...

ENR. No, señor, digo la verdad. En mi profesión no se acostumbra a abultar las cosas.

CRIS Pero, chico, ¿ya gastas anteojos?

ENR. Esto trae consigo el estudio. He leído mu-

cho, querido tío, para adquirir la justa reputación que gozo.

CRIS. ¿Tienes muchos pleitos?

ENR. ¡Uf, más que quiero! Que le diga a usted mi amigo Carlos los clientes que han venido a consultarme desde que estoy aquí.

CAR. Ya he perdido la cuenta. No le dejan en paz ni un momento. Le sucede lo mismo que a mí con mis enfermos.

ENR. Efectivamente; tengo tantos pleitos como él enfermos. Pues, ¿y causas criminales?... Desde que soy abogado, a todos los que han dado garrote en Madrid los he defendido yo.

CRIS. Así me gusta. ¡Qué orgulloso estoy con tener un sobrino como tú! Rabiando estoy porque te vean en el pueblo... porque tengo una una idea que creo no te ha de disgustar.

ENR. (¿Qué idea será esa?) Y no se puede saber...

CRIS. A su tiempo te la diré. ¿Sabes que tienes con mucho lujo la casa? Debes ganar mucho dinero.

ENR. ¡Phist!... Así, así... Unos meses mucho... otros poco... Pero gasto también mucho. La posición en que me hallo colocado exige... Ya una comida al juez... un obsequio al reo que está en capilla... dinero para la viuda de éste... las reuniones... las soarés... las modas... los amigos...

CRIS. Esto mismo me decía yo a mí mismo. El chico debe gastar mucho, cuando a pesar de ganar mucho dinero con la abogacía, no se olvida de pedirme los dos mil reales cada mes...

ENR. Ni me olvidaré nunca... es decir, hasta que la fortuna me proteja.

CAR. Tu tío querrá descansar y yo voy en un instante a hacer una visita.

ENR. (Aparte a Carlos.) ¿A dónve vas?

CAR. (Bajo a Enrique.) (A que preparen el almuerzo para tu tío.)

CRIS. (A Carlos.) ¿Algún enfermo?

CAR. No tal, es visita puramente de amistad. Hasta luego. (Vase foro.)

CRIS. Vaya usted con Dios.

ESCENA IV

DICHOS menos CARLOS

CRIS. Me parece tu amigo un buen chico.

ENR. Oh, sí, señor; muy bueno. No ha tenido inconveniente en darme su casa...

CRIS. ¿Su casa?

ENR. Quiero decir... me he explicado mal... Que un día... por supuesto, por broma, le pedí su casa de Toledo, y él en seguida me la dió...

CRIS. Por broma. Porque esas cosas no se dan así sin más ni más. Oye: ¿tú sigues fumando?

ENR. Sí, señor.

CRIS. Pues dame un cigarro.

ENR. ¿Un cigarro? No sé si... (Registra la petaca.) (Una petaca; será del tío de Carlos.) Pues, mire usted, por casualidad llevo la petaca. Tome usted. (Dándole una caja de rapé, pero sin mirarla.)

CRIS. ¿Qué me das aquí?

ENR. (Sin mirarla.) Una petaca.

CRIS. Pero, ¿estás ciego? Si es una de rapé.

ENR. (¡Qué torpeza!) Ya lo sé, pero como no fumo.

CRIS. Pues, hombre, si me acabas de decir que sí.

ENR. Le diré a usted... no fumo... de día; de noche ya es otra cosa.

CRIS. ¡Hombre, qué rareza! ¿Y tú tomas rapé?

ENR. No se me cae de la boca... digo, de los dedos. Me muero por el rapé. (Toma un polvo y sorbe.)

CRIS. Yo también lo tomaría si no fuera porque me hace muchas cosquillas y estoy estornudando media hora seguida.

ENR. Todo es hasta acos... tumbrarse... (Haciendo visajes como el que aguanta el estornudo, y poniéndose el pañuelo en las narices.) Si lo tomara usted con... la constancia que yo, vería usted como no... ¡achist! (Estornudando y tapándose con el pañuelo.)

CRIS. Pero, ¿qué demonios te pasa?

ENR. Nada... sino que... ¡achist, achist!

CRIS. ¡Calle, pues tú también estornudas!

ENR. Es que sin duda me he constipado... y por eso... ¡achist! (Maldito rapé.)

CRIS. Oye, sobrino. Yo siento un dolor en el estómago...

ENR. ¿Está usted malo? Voy a mandar llamar a mi amigo Carlos y que le recete...

CRIS. No, la receta que yo necesito no me la puede dar tu amigo, sino tu cocinero.

ENR. ¡Ah, vamos! ¿quiere usted almorzar?

CRIS. Justamente.

ENR. Pues voy...

CRIS. Encarga que sean platos fuertes, porque ya sabes que soy un buen punto para comer.

ENR. Descuide usted.

CRIS. Ahora indícame mi habitación, para dejar estos chirimbolos. (Por el saco y la sombrerera.)

ENR. ¿Su habitación?... (¿Y dónde le coloco yo?...) Pues su habitación es... esa. (Por la puerta segunda izquierda.)

CRIS. Pues vuelvo en seguida. (Vase.)

ESCENA V

ENRIQUE, a poco CELESTINO y ROQUE

ENR. ¡Uf! ¡Sudo de tanto mentir! Qué trabajo cuesta asegurar el porvenir. Como hasta ahora no he pensado más que en el presente... no, y muchas veces en el pasado; díganlo si no los innumerables ingleses que me persiguen por todas partes... Pero, por fortuna, mi tío se marchará al pueblo dentro de tres días y cambiaré de conducta. Ya es hora de sentar la cabeza.

CELES. (Saliendo con Roque.) ¡Aquel es el amu!

ROQ. Gracias a la Virgen que pueo atraparle. Buenos días tenga usted

ENR. Muy buenos. Oye, Celestino; dispón el almuerzo para mi tío y tráelo aquí.

CELES. ¡Está bien, señuritu! (Vase foro.)

ROQ. ¡Otra! ¿Está aquí su señor tío? ¡Lo celebro en el alma!

ENR. (¿Quién demonios será este hombre?) ¿Puedo saber, señor mío?...

ROQ. Precisamente, aunque no le he visto en mi vida, es a él quien vengo yo buscando para hablarle de un negocio que me interesa bastante.

ENR. ¿A quién, a mi tío?

ROQ. ¡Otra! ¿Pues no lo he dicho ya? Pero como me dijeron allá que no li encontraría aquí, me dije a mí mismo: «pues hablaré con el sobrino del encarguico que me han encargao.» Miste, me sentaré, porque estoy muy cansao. (Se sienta.)

ENR. Es usted muy dueño. (Cielo santo, ¿si vendrá este en nombre de algún inglés?)

ROQ. Tres veces me ha hecho usted subir las escalericas de su casa, y ninguna he podido pillarle en ella. Pero yo, que soy aragonés, y de la parroquia de San Pablo, no he parao hasta atraparle a usted aquí.

ENR. (Ciertos son los toros. Sin duda ha ido a mi casa y...) ¿Y quién le ha dicho a usted que estaba aquí?

ROQ. ¡Toma! El portero que está a la puerta.

ENR. (¡Ah, infame! Es preciso que mi tío no vea a este hombre, o todo se lo lleva la trampa.) Pues, amigo mío, siento decirle a usted que mi tío...

ESCENA VI

DICHOS, DON CRISANTO, puerta segunda izquierda

CRIS. Querido sobrino, ¿me haces el favor de explicarme por qué hay tanto vestido de mujer en ese cuarto?

ENR. ¿Por qué?... (Lo he metido en el cuarto de doña Gertrudis.) Pues...

ROQ. (Levantándose.) Señor García, tenga usted muy buenos días.

CRIS. (¿Eh?) ¡Muy buenos días!

ROQ. ¿Usted se encuentra bueno? Yo también, que es lo importante.

CRIS. ¡Lo celebro infinito! (Oye, ¿quién es éste?) (Bajo a Enrique.)

ENR. (Bajo a don Crisanto.) (¡Un loco!)

CRIS. ¿Cómo? (Asustado y retrocediendo.)

ENR. ¡Pacífico! Le da la manía por querer hablar con todo el mundo y pedir el dinero.

CRIS. Pues mira, no es mala manía. ¿Y cómo me conoce?

ENR. Por... que es amigo... de un pariente cer-

cano del... primo segundo.. de la mujer del marido de un hermano de... Carlos.. (Yo no sé lo que digo.)

CRIS. ¡A, vamos! Y por eso...

ENR. Justamente. (Todo esto bajo y muy rápido.)

ROQ. Pues yo vengo... para hablar con usted.

ENR. (Bajo a Crisanto.) (¿Qué le decía yo?)

CRIS. (¡Qué manía!) ¿Pero efectivamente es pacífico? (Bajo a Enrique.)

ENR. (Idem.) Sí, señor.

CRIS. Pues usted dirá en qué puedo servirle. (Alto, pero demostrando miedo.)

ROQ. Si a usted le parece nos sentaremos, por aquello de que se está mejor.

CRIS. Sí, señor. (Bajo a Enrique.) (No te separes de mi lado, porque tengo miedo.) (Se sienta separado de Roque.)

ROQ. ¿Usted no tendrá el gusto de conocerme?

CRIS. No, señor.

ROQ. ¡Yo soy Roque!

CRIS. ¿Y qué?

ROQ. ¡Que soy Roque!

CRIS. Pues hijo, no conozco más Roque que el del perro.

ROQ. Pues ese no soy yo.

CRIS. Ya me lo figuro.

ENR. (Bajo.) (No le contradiga usted.)

ROQ. ¡Otra! ¡Pues si debe usted conocerme! Soy de allá.

CRIS. ¡Ah! ¿Usted es de allá?...

ROQ. Y traigo una comisión pa usted.

CRIS. ¿Trae usted una comisión de... allá?

ROQ. Sí, señor: de Zaragoza.

CRIS. (¡Vendrá de la casa de locos!)

ENR. (¡Calle! ¡Pues en Zaragoza no tengo ingleses!... ¿Si me habré equivocado?...)

ROQ. Ante todo, memorias de su pariente de usted; está más gordo que un cerdo, con perdón de los presentes.

CRIS. ¿De mi pariente?

ROQ. ¡Otra! Del hermano de su mujer de usted.

CRIS. ¿De mi mujer? Pero, hombre de Dios, si...

ENR. (Bajo a don Crisanto.) ¿Qué va usted a hacer? Sígale usted la corriente.

CRIS. ¿Conque del hermano de mi mujer? Pues... me alegro mucho.

ROQ. Y, a propósito, ¿dónde anda su mujer de usted? La quiero dar un abrazo.

CRIS. Pues mire usted... es el caso que ahora no está en casa. Pero ya vendrá.

ROQ. ¡La buena de doña Gertrudis! ¡Qué tiempo hace que no la veo!

ENR. (Vamos, este viene buscando a don Marcial García.)

ROQ. Pues, como íbamos diciendo... Yo me voy a casar allá con una chica... que, mejorando lo presente, es un cachico de gloria.

CRIS. (Alguna loca.)

ROQ. Yo la quiero un tantico y ella me quiere más de un poquico, y ya estaríamos uncidos pa toa la vía, si no fuera porque el bruto de su padre se empeña en negarme la mano de la chiquia si no me dan un estanquillo en Zaragoza. Yo en seguía me acordé de usted, y me dije: «Pues a Madrid, que él conocerá a los menistros y hará por que me den ese estanquillo pa casarme.» Y aquí me tiene usted.

CRIS. Muy bien. Todo eso que usted me ha contado me ha interesado mucho. Venga usted por aquí el mes que viene y hablaremos de nuevo. (Levantándose)

ROQ. El mes que viene? ¡Otra! Pues si yo quería que fuéramos ahora en ca del menistro...

CRIS. ¡Ahora me es imposible!... ¡Tengo que hacer un negocio de mucha necesidad! (Aaaah... ¡Tengo un hambre que no veo!) (Bostezando.)

ROQ. Yo también tengo necesidad de casarme. Y ya ve usted, si no llevo un estanco a Zaragoza...

CRIS. Pues cargue usted con el primero que vea en la calle.

ROQ. (Levantándose de pronto y enfurecido.) ¿Eso es decir que no quiere usted hacerme ese favor?

CRIS. (Retrocede asustado.) (¡Ya se enfurece!) Vamos, cálmese usted, amigo mío,.. Quítame esta mosca de encima. (Bajo a Enrique)

ROQ. (Enfadado.) Si ya me esperaba yo esto... Ya me dijeron allá que era usted muy desagradecido... muy olvidadizo. Cuando las deleciones tóos éramos mu buenos pa que diéramos los votos... después... si te ví no me acuerdo.

CRIS. (¡Ahora me hace diputado!)

ENR. Sosiéguese usted, amigo mío, y márchese confiado en que mi tío...

ROQ. Sí, señor; me voy ahora mesmo a la calle...

¡porque no rispondo de mí!... Porque ha de saber usted que yo soy muy bruto y de un puñetazo le destrozo a usted... ¡Miá con el hombre, qui sofoco me ha dao!... ¡Por la Pilarica que se ha de acordar de mí! Ya lo creo que se acordará. (Vase.)

ESCENA VII

DON CRISANTO, ENRIQUE; a poco CELESTINO con un velador con mantel, cubierto, manjares, etc., etc.

CRIS. Mira, ya puedes dar orden a tu criado para que no deje entrar a ese hombre, o me mudo de casa.

ENR. Tranquilícese usted; uno de estos días se lo llevan a Leganés. Pero es muy pacífico.

CRIS. ¿Pacífico, y por poco me pega un palo? Por supuesto, que otra vez que venga me encierro en mi cuarto y tú te las compondrás con él. Pero, dime, aún no me has dicho de quién son esos vestidos de mujer que hay en mi cuarto.

ENR. ¿De quién son? Pues esos vestidos son... de una mujer...

CRIS. Eso ya me lo he figurado.

ENR. Que ha muerto asesinada por su marido... (¡Atiza!) Es una causa criminal, de la que soy abogado defensor, y para... poder dar cuantos detalles sean necesarios, tengo ahí esos vestidos.

CRIS. ¿Y de quién es un retrato de tamaño natural pintado al óleo que hay en el cuarto?

ENR. Pues... (Será del tío de Carlos.) Del marido de esa señora, del autor del crimen. Lo tengo para estudiar su fisonomía y descubrir... como yo defiendo a su mujer...

CRIS. ¿Pues no dices que murió asesinada?...

ENR. (¡Ya no me acordaba!) Sí, señor; pero a la que yo defiendo es a la segunda mujer. Porque se casó en seguida con otra .. Y como la acusan de complicidad... porque hay quien dice que la vieron ir de paseo con el vestido de la otra al poco tiempo de consumarse el delito...

CRIS. ¿Pues sabes que te va a hacer sudar la tal causa?

ENR. Ya... estoy sudando con ella.

CELES. (Saliendo.) ¡El almuerzu! (Coloca el velador en el centro y se va foro.)

CRIS. ¡Gracias a Dios!

ENR. Pues a la mesa.

CRIS. (Sentándose.) Ya me empezaban a dar mareos. Figúrate que desde anoche no he probado bocado. ¡Hombre, todavía no me has preguntado por la sobrina del alcalde! La pobre tiene unos deseos de verte...

ESCENA VIII

DICHOS, CARLOS foro

CAR. (Saliendo de prisa.) ¡Te buscaba! Con permiso. (Primero a Enrique y después a don Crisanto.)

CRIS. (Comiendo.) ¿Usted gusta?

CAR. ¡Mil gracias! (Llevándose a un lado a Enrique.)

ENR. ¿Qué te pasa, hombre? Traes una cara muy asustada.

CAR. (Bajo a Enrique y de prisa.) Que están ahí.

ENR. ¿Quién?

CAR. ¡Mis tíos!

ENR. ¡Ave María Purísima! (Asustado.)

CAR. ¡Los he visto doblar la esquina!

ENR. (Levantando a don Crisanto.) ¡Levántese usted, tío!

CRIS. ¿Que me levante? ¿Y por qué?

CAR. ¡Sí, levántese usted! (Empujándole.)

CRIS. ¿Pero qué es lo que pasa?

ENR. ¡Que están ahí! (Empujándole.)

CRIS. ¿Quién?

ENR. ¡El loco!

CRIS. (Levantándose de pronto.) ¡Caracoles!

ENR. ¡Ocúltese usted en ese cuarto!

CRIS. ¡Deja que me lleve la perdiz!

ENR. ¡Imposible! ¡Está muy furioso!

CRIS. Pero deja al menos...

CAR (Mirando por el foro.) ¡Que sube!

ENR. Adentro, querido tío, y no salga usted hasta que yo le avise. (Lo entra puerta segunda izquierda.) ¡Ahora cerremos por fuera! (Lo hace.) Tú siéntate ahí y ponte a almorzar.

CAR. Pero si no tengo ganas. (Se sienta.)

ENR. No importa, come sin ganas. ¡Ah! Esta

bata... (Se la quita y la oculta debajo de la mesa, quedando en mangas de camisa.)

CAR. ¡Y tú, escóndete también!

ENR. (Al irse por el foro, salen don Marcial y doña Gertrudis, quedando oculto detrás del estante.) Ya están aquí.

ESCENA IX

DICHOS, DOÑA GERTRUDIS y DON MARCIAL, foro

MAR. Hombre, a buena hora llegamos.

CAR (Levantándose.) ¡Queridos tíos! ¡Qué agradable sorpresa!

MAR. A mí me gustan mucho las sorpresas.

GER. ¡Como ha sido militar!

CAR. No esperaba a ustedes tan pronto.

GER. Tu tío, que se empeñó en dejar los baños, porque se figuraba...

MAR. Gertrudis, no empecemos.

ENR. (¡Si yo pudiera escurrirme!...)

MAR. Calle, no había reparado que tenías una visita... en mangas de camisa... (Reparando en Enrique.)

CAR. (¡Qué torpeza!) Sí, es que...

ENR. (Ya me ha visto.) Servidor...

GER. (¡Qué joven más simpático!)

MAR. (Bajo a Carlos.) (¿Quién es ese joven tan... fresco?)

CAR Pues es... (Qué le diré...) Es mi criado.

MAR. ¿Pues y Celestino?

CAR. ¿Ce... Celestino?... está muy malo, hasta que se ponga bueno he tomado a éste.

ENR. (Sin duda me está presentando.)

MAR. Muy joven es... pero en fin, si no es más que hasta que se ponga bueno Celestino... (Alto.) Tú, muchacho, ven aquí. (Llamando a Enrique. Enrique mira a todos lados.)

CAR (¡Este lo va a estropear!)

MAR. ¿No oyes que estoy llamando?

ENR. ¿Pero es a mí?

MAR. ¿Pues a quién ha de ser?

ENR. (¡Hombre! qué franqueza!) ¡Beso a usted la mano! ¿Siguen ustedes buenos?..! ¡Lo celebro infinito!. ¿Qué tal el viaje?...

MAR. Basta de cumplidos. (Fuerte.)

ENR. (¡Qué grosero!)
MAR. ¿Cómo te llamas?
ENR. En...
CAR. ¡Juan! (Cortándole la palabra.)
ENR. ¡Eso... Juan! (¿Qué nuevo lío será este?)
MAR. Pues bien, Juan; no me disgustas... aunque eres muy joven para criado de mi casa.. (Mirando a Gertrudis.)
GER. Esa no es una falta.
MAR. No hablo contigo. Yo los quiero más talluditos... en una palabra, viejos. No obstante; si te portas bien, aun cuando Celestino se ponga bueno, seguirás en mi casa.
ENR. (Me toma por criado...) Está bien, señor.
MAR. Y ahora responde. ¿Por qué estás así?
ENR. ¿Que por qué estoy así?
MAR. Sí, hombre, en mangas de camisa. (Repara en ello Enrique.)
ENR. (¡Calle, pues es verdad!) Le diré a usted, al pasar por esa puerta... se me enganchó la... pues; y la están cosiendo en la... ¿usted comprende?
MAR. Sí, hombre, perfectamente.
GER. (A pesar de ser un criado tiene un aire tan distinguido...)
MAR. ¿Pero chico, no continúas almorzando?
CAR. No, ya no tengo ganas, con la alegría de ver a ustedes, ha desaparecido mi apetito.
MAR. Pues mira, el mío no concede un minuto más de espera, y así, pues, voy a ocupar tu puesto. ¿No quieres hacerme compañía, Gertrudis? (Sentándose y comiendo.)
GER. No, no tengo ganas.
MAR. No me acordaba que tú te mantienes de miradas.
GER. Pues hijo, me sacaré los ojos para darte gusto.
MAR. Si las mujeres casadas fueran ciegas, ¡cuántos disgustos nos ahorraríamos los maridos!
GER. Con eso no tendríamos el de ver constantemente caras tan feas... (¡como la tuya!)
MAR. ¿Eso lo dices por mí? Pues todo el mundo cree que somos hermanos... por lo feos.
GER. ¡Qué gracioso! (¡Cada día es más bruto!) ¡No se puede sufrir a tu tío!
CAR. No le haga usted caso, es que pretende hacerla rabiar.
MAR. ¡Juan! (Llamando a Enrique, que se halla obser-

vando por la puerta segunda izquierda y no hace caso.)

ENR. (Si llegan a entrar en este cuarto todo se ha perdido.)

MAR. ¡Juan! (Llamando más fuerte.)

ENR. (¿Y cómo saco a mi tío de esta casa sin que sospeche la verdad?...)

MAR. (Tirándole un panecillo.) ¡Pero te has vuelto sordo, demonio!

ENR. ¿Eh? ¿Es a mí a quien llamaba usted?

MAR. ¿Pues a quién ha de ser, animal?

ENR. ¡Dispense usted, pero como llamaba usted Juan, y ese no es mi nombre!

MAR. ¡Calle! ¿Ahora salimos con que no te llamas Juan?

ENR. (¡Demonio!) Le diré a usted... me llamo Juan... Pero yo no contesto sino por Juanito... se me ha quedado esta costumbre desde pequeñito.

MAR. Pues ya eres muy grandecito para... en fin, échame agua.

ENR. Con mucho gusto. (Y que tenga que servir a este hipopótamo.) (Echa agua en un vaso sin mirar.)

CRIS. (Dentro y llamando.) ¡Sobrino!

ENR. ¡Ay! (Al oir la voz de don Crisanto vierte el agua fuera del vaso llenando los manjares.)

MAR. ¿Pero qué haces, animal?

ENR. ¡Ah, sí .. es verdad! (Sin saber lo que hace y sin mirar le echa agua por encima.)

MAR. (Enarbolando una silla.) ¿Te estás divirtiendo conmigo?

GER.
CAR. } ¿Qué es eso?

ENR. (Yo no sé lo que me hago.) (Corriendo.)

MAR. Que ha llenado toda la comida de agua... ¡y mira cómo me ha puesto! Hombre, si me dejara llevar de mi genio te estrellaba contra esa pared.

ENR. Le diré a usted... es que yo padezco mucho de los nervios, y al echar el agua me dió un calambre en este brazo y... (¡Ay, si mi tío está escuchando!...)

MAR. Pues como otra vez me dejes sin comer por un calambre, yo me encargo de curarte.

ENR. Muchas gracias.

GER. (Bajo a Enrique.) No temas a mi marido, que yo te protejo.

ENR. Gracias.

CAR. Si quiere usted, mandaré que le dispongan almuerzo.

MAR. No, tengo que ver a un amigo y de paso almorzaré en el café. Voy antes a vestirme, porque ese animal me ha puesto hecho una sopa. (Se dirige a la puerta segunda izquierda.)

ENR. (¡Gran Dios! No le dejes entrar en ese cuarto.) (De prisa a Carlos.)

CAR. (Cerrándole el paso.) ¡Tío!

MAR. ¿Qué quieres?

CAR. ¿Va usted a mudarse de ropa?

MAR. ¿Quieres que vaya así a casa de mi amigo? (Queriendo entrar.)

CAR. (Deteniéndole.) ¡Es el caso... que su ropa de usted no está ahí!...

MAR. ¿Pues dónde está?

CAR. Está, en...

ENR. En casa del quita-manchas.

MAR. ¿Pues qué demonios habéis hecho con mi ropa? (Enfurecido.)

ENR. Le diré a usted.. la había puesto encima de la mesa, con la intención de quitarla el polvo... No sé para qué cogí el quinqué... me dió un calambre en el brazo... y se cayó encima de la ropa, llenándola de petróleo!

MAR. ¡Rayos y centellas! Eres peor que el cólera con tus calambres. Me parece que no estás mucho tiempo en mi casa.

GER. ¿Pero qué culpa tiene el chico?

MAR. ¿Y cómo salgo yo ahora? Toma, epidemia; llégate a la estación y recoge mi equipaje. Son dos bultos; a ver si haces una de las tuyas.

ENR. (Tomando el papel.) ¿A la estación?

MAR. Sí, a la del Norte.

ENR. (¡Pues está cerca! ¿Y cómo salgo yo en mangas de camisa?)

MAR. ¿Qué esperas? Largo.

ENR. Voy corriendo. (Se lo daré a Celestino para que vaya.) (Vase.)

MAR. Tú, Carlos, ven conmigo al gabinete; tenemos que hablar de un asunto serio.

CAR. (¡En qué parará este lío!) Hasta luego. (Vase con don Marcial puerta segunda derecha.)

ESCENA X

DOÑA GERTRUDIS. A poco ENRIQUE, foro. A poco DON CRISANTO, puerta segunda izquierda

GER. Cada día se vuelve más insociable mi marido. Si las cosas se pudieran hacer dos veces... En fin, ya no tiene remedio; voy a mi cuarto a mudarme de traje. ¡Calle! ¡Está cerrada esta puerta! (Abre la puerta segunda izquierda.)

ENR. (Es necesario sacar a mi tío de esta casa. ¡Qué miro!) ¡Señora! (Dando una voz muy fuerte.)

GER. (Que iba a entrar retrocede asustada.) ¡Ay!

ENR. ¡No se asuste usted, soy yo!

GER. ¡Qué susto he llevado! ¿Qué querías?

ENR. Que... ¡pues! tenía que decirla...

GER. (¡Cielos, se turba! ¿Si se habrá enamorado de mí?)

ENR. (Yo se lo confieso todo a esta vieja. Con eso me ayudará.)

GER. (Con coquetería.) ¿Qué tenías que decirme?

ENR. Señora, he engañado a ustedes.

GER. ¿Cómo?

ENR. Yo no soy lo que parezco. Las circunstancias me han obligado a pasar por criado, y en usted consiste que yo llegue al logro de mi deseo. (Muy de prisa.)

GER. (¡Esto es una declaración!) ¡Pero joven atrevido!..

ENR. (Cayendo de rodillas.) Míreme usted a sus piés; de aquí no me levanto si no me jura usted que me ayudará a salir del laberinto en que me he metido... (¡Mi tío!) Vuelvo. (Vase.)

GER. (¿Si estará loco ese joven?)

CRIS. (Saliendo.) Señora, ¿quiere usted decirme porqué estaba a los piés de usted ese joven?

GER. (¿De dónde ha salido este hombre?...) ¿Y puedo saber, caballero, quién es usted y qué hace en mi casa?

CRIS. ¿En su casa? ¡Señora, usted está loca!

GER. ¡Caballero! (¡Qué grosero!)

CRIS. Esta casa pertenece a...

GER. ¡A mi marido!

CRIS. ¿Eh, qué dice usted?

GER. Digo que soy la esposa de García.

CRIS. ¿Su esposa?... ¡Pero si eso no es posible! ¡Si

él en todas sus cartas me decía que seguía soltero!

GER. ¿Usted le conoce?

CRIS. Ya lo creo, como que soy su tío.

GER. ¿Su tío? Pues nunca me ha hablado de semejante parentesco.

CRIS. Y yo que pensaba casarlo con la sobrina del alcalde, un partido tan ventajoso... Haberme puesto en ridículo de este modo... Porque ha de saber usted que se marchó del pueblo siendo novio de la chica. Como que en todas las cartas me preguntaba por ella ..

GER. ¡Ah, infame!

CRIS. Se ha burlado de mí... Ahora comprendo por qué no quería venir nunca al pueblo; siempre se excusaba con la ruleta, como él dice.

GER. Ah, sí, señor; le domina la ruleta; no piensa más que en ella. Y eso que yo le riño porque no vaya.

CRIS. En eso hace usted muy mal. Déjele usted que vaya con constancia... que adquiera nombre, y sobre todo dinero. Esto mismo le he aconsejado siempre.

GER. (Pues vaya unos consejos.)

CRIS. Y en cambio de todo esto se casa sin decirme una palabra, y... ¿con quién? Con una mujer que puede ser su madre.

GER. ¡Señor mío!

CRIS. Dispense usted, señora; no sé lo que me digo. ¡No le perdono nunca el haberme engañado de este modo!... ¿Pero de veras están ustedes casados?

GER. Voy a llamarle, para que delante de usted confiese la verdad.

CRIS. No, no quiero verle. Ahora mismo me marcho al pueblo; no permanezco un instante más en esta casa. (Por eso estaba a sus piés arrodillado.) (Vase puerta segunda izquierda.)

ESCENA XI

GERTRUDIS. A poco DON MARCIAL, puerta segunda derecha; a poco ROQUE, foro derecha

GER. ¿Conque tenía oculto nuestro matrimonio?... No me explico las razones de semejante misterio para con su tío. La conducta de mi

marido es sospechosa y necesito una explicación. Aquí está.

MAR. (Saliendo.) ¿Qué milagro que no estás leyendo alguna novela?

GER. Ahora me dedico a las historias, y he sabido buenas cosas de la tuya.

MAR. ¿Qué dices?

GER. Lo sé todo, caballero.

MAR. ¿Todo?

GER. Y su tío de usted también lo sabe.

MAR. ¿Mi tío?

GER. ¡Vaya usted a casarse con la sobrina del alcalde a quien todavía quiere usted!

MAR. Pero, ¿qué demonios estás hablando?

GER. Es inútil que trate usted de engañarme, porque lo sé todo. ¿Qué razones ha tenido usted para ocultar a su tío nuestro matrimonio?

MAR. Pero ¿qué tío y qué sobrina y qué alcalde es ese?...

ROQ. (Saliendo.) ¡Aquí estoy yo otra vez!

GER. ¡Calle! ¿Usted por Madrid?

ROQ. Aquí estoy desde ayer por la mañanica.

GER. ¿Y mi hermano, cómo sigue?

ROQ. Tan gordo como siempre. Pues yo vengo dispuesto a pegarme con su marido de usted. (De espaldas a éste.)

MAR. ¿Eh? (Sorprendido.)

GER. ¿Cómo?

ROQ. Sí, señora; yo soy muy terco y en poniéndoseme a mí una cosa en la cabeza...

MAR. (Volviéndole.) ¡Oiga usted, señor mío! ¡Yo en mi vida le he visto a usted!

ROQ. ¡Otra! Ni yo a usted tampoco.

MAR. Pues entonces no veo el motivo para que usted se exprese de una manera tan inconveniente. Y sepa usted que a mí no me pega nadie sin que lleve su merecido; que he sido militar y...

ROQ. Pues que li haga a usted buen provechico. Pero yo estaba hablando con doña Gertrudis, y si li he ofendido a usted, usted disimule.

MAR. Eso es otra cosa.

ROQ. (¿Quién será este tío?) Pues como iba diciendo, señora, su marido de usted es un desagradecido, ¡un grosero!

MAR. ¡Oiga usted, señor mío! Yo he sido militar

y no consiento que se me insulte de ese modo. (Enfurecido.)

GER. ¡Ay, Dios mío, se van a pegar!

ROQ. ¿Pues sabe usted lo que le digo? ¡Que ya me está usted cargando!

GER. Pero ¿qué le ha hecho mi marido?

ROQ. ¡Negarse a hacerme un favor!

MAR. Yo no le he negado a usted nada.

ROQ. ¡Dale! Pero si yo no hablo de usted.

MAR. ¿Pues de quién?

ROQ. Del marido de esta señora.

MAR. ¡Pues bien, de mí!

ROQ. Usted no es su marido.

MAR. ¡Cien rayos! ¿Cómo que no soy su marido?

GER. Sí, hombre; este es mi esposo.

ROQ. Pues entonces, ¿qué es el otro?

MAR. ¿Qué otro?

ROQ. ¡El tío de su sobrino! El me ha dicho que era su marido.

ESCENA XII

DICHOS, DON CRISANTO, puerta segunda izquierda

CRIS. ¡Ea, al pueblo! (Sin reparar en nadie.)

ROQ. ¡Mírele usted, ese es!

GER. (¡Calle, su tío!)

MAR. (Cogiendo a don Crisanto de un brazo.) Señor mío, ¿con qué derecho se permite usted semejante burla?

CRIS. Caballero, ¿puedo saber?... (¡Cielos, el del retrato, el que mató a su mujer!) (Reparando en Marcial.)

MAR. Responda usted.

CRIS. ¿Pero de qué se trata? (¡El loco otra vez!...) (Reparando en Roque.)

MAR. Usted le ha dicho al señor que era el esposo de mi mujer.

CRIS. ¿Yo? El señor no sabe lo que se dice.

ROQ. ¡A que le parto la cabeza! ¿Es usted capaz de negarlo? ..

CRIS. Y lo niego. (Bajo a Marcial.) (No le haga usted caso, que está loco.) (Alto.) ¡Como que yo no conozco a la esposa de este caballero, ni tampoco a la que se murió!

GER. ¿Qué dice?

MAR. ¿A la que murió?...

CRIS. Sí, señor; de... a su primer esposa. (Haciendo la acción de dar una puñalada.)

MAR. ¿Se está usted burlando de nosotros?

GER. ¡Luego has ocultado tu primer matrimonio!

MAR. Qué matrimonio ni qué... ¡Este señor está loco!

CRIS. Mi sobrino me lo ha dicho, que es abogado, que defiende a la otra mujer...

MAR. ¿Su sobrino? ¿Y quién es su sobrino?

CRIS. El esposo de esta señora.

GER. ¿Mío?

MAR. ¿De mi mujer?

CRIS. ¿Esta señora es mujer de usted?

MAR. Sí, señor.

ROQ. (¿Pero cuántos maridos tiene esta señora?)

CRIS. ¿Y además la esposa de mi sobrino?

GER. ¿Pero, quién le ha dicho a usted semejante desatino?

CRIS. Usted misma me lo ha dicho.

GER. ¿Yo?

CRIS. Y yo mismo le he visto arrodillado a sus piés de usted.

MAR. ¡Ah, infame! ¡Dime ahora que soy celoso! ¿Dónde está ese sobrino, que lo voy a matar?

GER. ¡Pero si no es verdad! El joven que estaba hablando conmigo hace poco era nuestro criado Juan.

CRIS. Señora, mi sobrino no es criado de nadie, ni se llama Juan.

ROQ. El sobrino de este señor se llama Carlos.

CRIS. No, señor; se llama Enrique.

GER. ¡Carlos es mi sobrino!

CRIS. ¿El médico de Toledo?

MAR. ¿Pero usted se ha propuesto embrollarnos a todos? ¿Quién es usted?

GER. Antes me dijo que era tío tuyo.

ROQ. Y a mí me dijo que era don Marcial García.

CRIS. ¿Yo? Ya veo que están ustedes locos y van a conseguir que yo lo esté también.

MAR. Ahora sabremos toda la verdad. Carlos. (Llamando por la puerta segunda de la derecha.)

CRIS. Sí, señor; vamos a desenredar esta madeja. ¡Enrique! (Llamando por el foro.)

ESCENA XIII

DICHOS, CARLOS, puerta segunda derecha

CAR.	(¡Gran Dios! Todo se ha descubierto.)
MAR.	¿Conoces tú a este caballero?
CAR.	Sí, señor.
MAR.	¿Y qué hace en mi casa?
CRIS.	¡Dale! ¡Y sigue la locura! Si esta casa es de mi sobrino Enrique, abogado y amigo del señor, que es médico. (Por Carlos.)
MAR.	¿Pretende éste embrollarnos otra vez?
CAR.	Señor don Crisanto, ya es tiempo de que sepa usted la verdad. Ni esta casa es de su sobrino, ni es abogado, ni yo soy médico.
CRIS.	¿Cómo?
MAR.	¿Qué significa esto?
CAR.	La verdad; temiendo que usted le desheredara ha inventado esa farsa, y aprovechando la ausencia de mis tíos, le presté esta casa por tres días, que son los tres que usted iba a permanecer en Madrid.
CRIS.	¡Ahora me lo explico todo!
ROQ.	¿Luego usted es el sobrino de doña Gertrudis?... (A Carlos.)
CAR.	Sí, señor.
ROQ.	¿Y el otro?
CRIS.	Ese es mi sobrino.
ROQ.	Pues a ese me presentó el criado cuando yo pregunté por el amo.
CAR.	Porque entonces lo era Enrique.
MAR.	De modo que usted es... (A Roque.)
ROQ.	Roque el de las delecciones de Zaragoza, el hijo del tío Onofre.
MAR.	¿Acabara usted de hablar? Pero a todo esto, ¿dónde está ese sobrino que todavía no le he visto?

ESCENA ULTIMA

DICHOS, ENRIQUE por el foro

ENR.	Servidor de ustedes.
MAR.	¡Juan!
GER.	(¡El joven atrevido!)

ENR. Enrique, que viene a implorar el perdón de ustedes, y sobre todo el de su tío.

CRIS. ¡Jamás!

MAR. Vamos, hombre, dele usted un abrazo; siquiera por el ingenio que ha demostrado.

CRIS. Con una condición. Que has de venirte conmigo al pueblo y casarte con la sobrina del alcalde.

ENR. Pues si no es más que eso, voy ahora mismo a despedirme de estos señores. (Por el público.) (Al público.)

Si tú fueras el autor,
y pasando mil sudores
detrás de los bastidores,
oyeras fatal rumor;
¡qué tristeza, qué temblor
y qué cara no pondrías!...
¡Un mal rato pasarías!
Pues tú puedes evitar
que otro aquí llegue a pasar
por lo que tú no querrías.

FIN

Precio: UNA peseta